

SEGUNDA PARTE

ESTANCIA EN EL ESTADO  
DE CHIHUAHUA

## CAPÍTULO VIII

### DE VILLA CORONADO A CIUDAD HIDALGO

EN EL PERÍODO DE tiempo en que el Gobierno Nacional peregrinó desde la ciudad de Monterrey en dirección al occidente, a través de los Estados de Coahuila y Durango, el de Chihuahua se encontraba bajo la autoridad del general Angel Trías (p), Gobernador y comandante militar. Figuraban de Secretario de Gobierno el licenciado José María Porras y de Tesorero General el teniente coronel José Perfecto Arellano; la Legislatura local se encontraba en receso a causa de la declaratoria de estado de sitio y el Supremo Tribunal de Justicia lo integraban los magistrados licenciados José del Hierro, Carlos Pacheco y Joaquín Campa. El Estado se dividía, para su administración política interior, en los diez y seis cantones siguientes: Abasolo, Aldama, Allende, Balleza, Bravos, Camargo, Galeana, Guerrero, Hidalgo, Iturbide, Jiménez, Matamoros, Mina, Rayón, Rosales y Victoria.

Desde el mes de enero de 1863 se había nombrado e instalado en la capital del Estado una *Junta Patriótica Central*, bajo la presidencia de don Berardo Revilla, cuya misión primordial era coleccionar donativos para los hospitales de sangre del *Cuerpo de Ejército de Oriente*, que tenía su cuartel general en la ciudad de Puebla de Zaragoza, y levantar el espíritu público de los chihuahuenses en contra de la intervención francesa en los asuntos interiores de la República. Fueron integrantes de la mencionada Junta Central los señores licenciado Carlos Pacheco, licenciado Antonio Jáquez, licenciado Tomás Irigoyen, ingeniero José María Gómez del Campo, Genaro Artalejo, doctor Roque J. Morón, Francisco Espinosa, Tomás Cordero Zuza, Mariano Sáenz, doctor Jesús Muñoz, licenciado Jesús María Palacios, Andrés Armendáriz, Félix Francisco Maceyra, licenciado Joaquín Villalba, Francisco Nieto, licenciado José del Hierro, Mariano Maceyra, Lorenzo Irigoyen, licenciado José María Téllez, Francisco Arellano, Francisco Acosta e ingeniero José Rodrigo García. Todos ellos se contaban entre las personalidades más distinguidas de la ciudad de Chihuahua.

La *Junta Patriótica Central* nombró juntas auxiliares en todas las cabeceras de cantón que funcionaron hasta mediados de 1865 en que se presentó la primera invasión de las tropas francesas al Estado. Con posterioridad sólo subsistieron en aquellas cabeceras que no fueron dominadas por los invasores y sus aliados. Menciono a continuación el personal de las juntas patrióticas auxiliares que se constituyeron en las poblaciones que tocó la comitiva del Presidente de la República y colaboraron, con las autoridades cantonales y municipales, en la recepción de éste.

*Villa de Allende*: Pedro N. González, Joaquín Domínguez, y Jesús Álvarez Tostado. Suplentes: Cesario Bustillos, Domingo Fontana y José González. *Ciudad Hidalgo*: licenciado

Ignacio E. Ochoa, Esteban Benítez y licenciado Mariano Irigoyen. Suplentes: José María Jurado, José de la Luz Hernández y Trinidad García. *Ciudad Camargo*: Merced Valles, Pomposo Ponce de León y José Joaquín Valles. Suplentes: Francisco Cordero, Ignacio Porras y Matías Alarcón (h). *Villa de Rosales*: José Dolores Solís, Doctor José Tamborel y Manuel Uranga. Suplentes: José Sáenz, José Solís y Mariano de Uranga. *Villa del Paso del Norte*: José María Uranga, licenciado Pablo Miranda y Juan José Sánchez, Suplentes: Graciliano Carbajal, José Ruiz y Marcos Apodaca.

Las autoridades cantonales y municipales electas para el bienio de 1864-1865, en las cabeceras de cantón y demás poblaciones comprendidas en “La Ruta de Juárez”, fueron las que siguen: *Villa Coronado*: Presidente Municipal Antonio Meza, regidor Juan del Hierro, síndico Francisco Montes, jueces de paz José de Jesús Bagües y Felipe del Hierro y era jefe militar del punto, el mayor Jesús Portillo. *Villa de Allende*: jefe político Guadalupe Soto, regidores Juan Beltrán, Luis G. Fontana y Balbino Reyes y síndico Casimiro Tarín. *Ciudad Hidalgo* (\*): jefe político, Joaquín H. Domínguez, regidores Francisco Calles, Victoriano Páez, Sérvulo Sáenz, José del Rayo Medrano y Pedro Amparán y síndicos Leónides Salazar y Agustín Páez. Era secretario de la Jefatura Política, Trinidad Villaverde y del Ayuntamiento, José Armendáriz. *Ciudad Camargo*: jefe político Merced Valles, regidores Jesús Galindo y J. Gutiérrez, síndico Natividad Rey y secretario Juan José Porras. *La Cruz*: presidente seccional José María González y juez de paz Cresencio Márquez. *Saucillo*: comisario municipal Francisco Rodríguez. *Meoqui*: Presidente Municipal Francisco Acosta, regidor José Arce, síndico Antonio Corral y secretario José María Arizpe. *Villa de Rosales*: jefe político Pablo Acosta, regidores Jesús María Uranga y José María Aguirre y síndico Pascual Delgado. *Ciudad de Chihuahua*. jefe político Pedro Horcasitas, regidores Ildelfonso Terrazas, Mariano Fuentes y Andrade, José María Zubía, Guadalupe Quezada, Tomás Cordero Zuza y Agustín Terrazas, síndicos profesor José María Mari y Pedro Rey y secretario Luciano Téllez. *Carrizal*: presidente municipal Pedro Hernández. *Guadalupe*: presidente municipal Matías Urteaga, regidor José María Ortega, síndico Tomás Montes y secretario Jesús Montes. *Villa de Paso del Norte*: jefe político José María Uranga, regidores Jesús Téllez y Máximo Castañeda, síndico Rómulo Varela y secretario Pedro Téllez.

Las autoridades anteriores, designadas para el mencionado bienio, continuaron en ejercicio durante el año de 1866, en virtud de que no se verificaron las elecciones ordinarias a causa de las dos invasiones que ejecutaron los franceses al territorio del Estado. Durante estos cortos períodos cesaron en ejercicio de sus funciones, para volverlas a ejercer en cuanto desapareció el motivo de la suspensión, con las únicas excepciones de los jefes políticos de Ciudad Hidalgo y de Paso del Norte. El primero se sometió al Imperio y fue substituido y en la segunda población se celebraron las elecciones cantonales, como se explica en su oportunidad.

(\*) Este es su nombre oficial; indebidamente se le llama Parral.

El 29 de septiembre de 1864 el Presidente de la República, acompañado de sus secretarios de Relaciones Exteriores y Gobernación, Sebastián Lerdo de Tejada, de Hacienda, Fomento, Justicia e Instrucción Pública, José María Iglesias y de Guerra, Miguel Negrete, de un corto número de empleados civiles y de militares sin colocación y escoltado por el *Segundo Batallón de Guanajuato* y la sección de *Carabineros a Caballo*, tocó a las puertas del Estado de Chihuahua. Pasaron el arroyo de La Parida, que sirve de límite a los Estados de Durango y Chihuahua y rindieron la primera jornada en la hacienda del Río Florido, llamada hoy Villa Coronado en honor del general José Esteban Coronado, y se hospedaron en la casa principal, propiedad de don Vicente Pancorbo, excepto Negrete. Figuraban como ayudantes del Primer Magistrado los tenientes coroneles Francisco Díaz y Francisco Novoa.

El pueblo se aglomeró en su totalidad, encabezado por el presidente municipal señor Meza y se organizó un desfile cívico en honor del Presidente Juárez, para hacerle presente su regocijo por su arribo a la localidad y las más efusivas muestras de respeto y simpatía. El Primer Magistrado salió de su alojamiento a saludar personalmente a los manifestantes, dándoles las gracias; alguien recordó en aquel momento que era el día onomástico del general Negrete y los mismos manifestantes prosiguieron en dirección al local en que se alojaba, con objeto de hacerle presente sus felicitaciones.

Al día siguiente continuó su viaje la comitiva presidencial con rumbo al septentrión, habiéndose detenido en la hacienda de la Concepción, propiedad de los señores licenciado Juan Nepomuceno y Francisco de Urquidí, quienes habían invitado previamente al Presidente y a sus principales colaboradores para que se detuvieran a la hora de la comida. En el momento del arribo de los viajeros, el licenciado Urquidí llamó a sus hijos para presentarlos al señor Juárez, haciéndole ver a cada uno, en presencia del mismo, que se fijaran en la grande significación de aquel acto, para que no olvidaran nunca en su vida que habían tenido el honor de conocer al Presidente de la República y de estrechar su mano.

Ese mismo día la comitiva rindió la jornada en la villa de Allende, habiéndose alojado el Presidente en la casa habitación de don Joaquín Domínguez. Después perteneció esta finca a don Candelario Aranda y en la actualidad está convertida en salón de cinematógrafo. La recepción fue presidida por el jefe político, coronel Soto, y por el Presidente de la Junta Patriótica, señor González, y tuvo las mismas características de espontaneidad y adhesión para el titular del Poder Ejecutivo Federal. El 1o. de octubre se sirvió un banquete en la misma casa en que se le había alojado, habiéndose sentado a la mesa el Presidente, sus colaboradores, las autoridades locales y los vecinos principales de la localidad, y se pronunciaron brindis patrióticos y conmovedores, que arrancaron lágrimas a algunos de los concurrentes. De allí avisó Juárez su arribo al Gobernador Trías. El licenciado Iglesias, en sus *Reseñas históricas* citadas antes, consignó el siguiente incidente: "...Luego se salió por las calles de árboles de la población, situadas a orillas del río, hasta llegar a una plazoleta en donde no tardó en presentarse la música con un crecido acompañamiento de vecinos. Para conmemorar la llegada del

Presidente se acordó levantar, en aquel sitio, un sencillo monumento sin más inscripción que la fecha de aquel día y los nombres de Juárez y de la libertad...”.

Con relación a la recepción dispensada en villa de Allende al Presidente de la República, el redactor de *El Republicano*, órgano oficial del Gobierno local, insertó la siguiente gacetilla, tomada de una carta particular: “...No cabe duda que el Presidente y sus ministros estarán sumamente complacidos de las manifestaciones de patriotismo que han recibido desde que pisaron el Estado, hasta esa capital. Yo me alegro mucho que el señor Presidente, por lo mismo, se halle satisfecho del buen corazón de los chihuahuenses. Veremos si resulta, como yo deseo, la unión de algunos descontentos que con esto podrán dar positivas pruebas a nuestro benemérito Presidente y ayudarle como es debido a la defensa nacional...”

La siguiente jornada del Presidente y sus acompañantes fue a terminar en Ciudad Hidalgo, en donde el primero fue alojado en la casa del doctor Esteban Benitez Lumbier, sita en la calle de Maclovio Herrera número 84. Esta finca fue reconstruida, está convertida en casa comercial y la placa que recuerda este acontecimiento quedó colocada arriba de la marquesina, de tal manera que es imposible para turistas e investigadores localizar la casa en donde se alojó el Presidente Juárez.

El pueblo hidalguense se aglomeró para recibir al Primer Magistrado de la nación, mezclándose los gritos de júbilo y los vítores con los acordes marciales y populares de las bandas de guerra y de las músicas. Cuando se aproximaban a las primeras casas de la población, el populacho pretendió quitar los caballos del carruaje presidencial y arrastrarlo hasta el centro de la ciudad, a lo que se opuso terminantemente el Presidente, diciendo que el acto que pretendían ejecutar era impropio de hombres libres. Ese mismo día fue obsequiado con una cena y al siguiente con un baile, que se desarrollaron en el Palacio Municipal.

El informe que el jefe político de Ciudad Hidalgo rindió a la Secretaría de Gobierno, sobre la recepción dispensada al Presidente Juárez y sus ministros, está concebido en los siguientes términos:

“En contestación a la nota de esa Secretaría, fecha 1o. del presente, tengo el honor de manifestar a usted, para conocimiento y satisfacción del C. Gobernador del Estado, que a las diez de la mañana del día 2 del corriente, el Ayuntamiento, acompañado de la Junta Patriótica y de las personas más notables de la población, salieron de la ciudad con objeto de recibir a alguna distancia de ella y hacer los honores debidos al C. Presidente de la República, a quien encontró la comitiva una hora después, en un punto que está a cuatro millas de esta ciudad, adonde llegó el Presidente a la hora de mediodía.

“El Primer Magistrado de la República fue recibido en el salón principal de la Casa Municipal, en donde el jefe del Distrito, tomando la palabra, hizo entrega de las llaves de la ciudad al Jefe Supremo de la nación; en seguida el Presidente de la Junta Patriótica, a nombre de la misma, hizo uso de la palabra para felicitar al C. Presidente por su feliz arribo a la Ciudad de Hidalgo. El señor Mucharraz tomó la palabra con el mismo objeto.

“El C. Presidente dio las gracias a la población parralense por su adhesión y obediencia a las autoridades supremas y, al dar las gracias por las simpatías que la población entera había manifestado por su persona, añadió: ‘El acto que acabo de presenciar será uno de los más bellos episodios de la historia de México que trasmirá a la posteridad; será un estímulo más para que el Presidente de la República continúe con brío la grandiosa obra que ha comenzado y para la que cuenta con la cooperación de todos los buenos mexicanos’. Y terminó asegurando que si la Providencia Santa había decretado la pérdida de la independencia de México y un fin sangriento y trágico al C. Benito Juárez, el acto que acababa de presenciar lo haría subir al patíbulo sin vacilar y moriría satisfecho.

“Concluida la ceremonia de recepción, el C. Presidente se dirigió a la casa que se le tenía dispuesta, acompañado de la comitiva que salió a recibirlo, así como del pueblo parralense, que repetidas veces vitoreó al ilustre huésped, manifestándole el mayor respeto y las más vivas simpatías. Por la noche se iluminó toda la ciudad, cuyas principales calles recorrió el C. Presidente, seguido de la banda de música y de un gentío, que no dejaba de vitorear incesantemente al ilustre C. Benito Juárez.

“En la noche del 3, el Ayuntamiento y la Junta Patriótica obsequiaron al C. Presidente con un baile, quien tuvo la bondad de aceptarlo y de honrar con su asistencia la mayor parte de la noche a la tan numerosa como respetable concurrencia, compuesta de las principales familias de la población que se prestaron gustosos a obsequiar y rendir el debido homenaje al benemérito ciudadano Presidente, quien muy agradecido por el recibimiento que se le ha hecho, y por las incontestables y variadas manifestaciones de afecto, que ha recibido de todos y cada uno de los habitantes de Ciudad Hidalgo, tomó la palabra para manifestar su gratitud al pueblo parralense, agregando que tenía las más fundadas esperanzas de que los habitantes del Estado de Chihuahua no omitirían sacrificio alguno, por costoso que fuese, con tal que tendiera a salvar la independencia de México. Habló de su grande estimación al pueblo del Parral y se felicitó de haber encontrado en la Ciudad de Hidalgo hombres de corazón, ciudadanos virtuosos que están dispuestos a sacrificarlo todo por su patria; hizo notar que en la actualidad, la pobre pero patriótica Ciudad de Hidalgo, era la capital de la República y que nunca olvidaría a sus amigos. En seguida vitoreó a la independencia de México y al Estado de Chihuahua.

“Los señores ministros Lerdo de Tejada, Iglesias y Negrete tomaron la palabra manifestando su agradecimiento y sus simpatías por el pueblo del Parral y por todo el Estado de Chihuahua, en donde esperan organizar, con los valientes y patriotas hijos del Estado, una fuerza respetable para que enseñe el camino del honor y de la gloria a todos los mexicanos que no hayan perdido la fe en el triunfo indefectible de nuestra santa causa y que lleven de triunfo en triunfo, hasta la capital de la República, el glorioso y venerado pabellón tricolor que, por vez primera, empuñó el héroe de Dolores la noche del 15 de septiembre de 1810, y concluyeron vitoreando a la independencia, a la libertad y al Estado de Chihuahua.

“Acepte usted con este nuevo motivo las protestas de mi aprecio y distinguida consideración. Independencia, Libertad y Reforma. Gobierno del Estado. Chihuahua.”

Se compusieron también algunas cuartillas, que se inscribieron en lienzos que se agregaron a los adornos y colgaduras tricolores colocadas en los postes y en las casas ubicadas en las calles que recorrió la comitiva presidencial y se imprimieron a la vez en hojas sueltas que se distribuyeron y se arrojaron al paso del Presidente. Entre las que se han conservado se cuentan las que a continuación se expresan que, quizá, sea de lo poco que perdura de la poesía hidalguense de mediados del siglo pasado:

*Maximiliano*

Un intruso principillo  
que al fin para todo hay gente  
hace guerra al Presidente,  
honrado y sabio caudillo.  
Dime tudesco sin brillo,  
¿no conoces tu bajeza,  
tu hipocresía, tu torpeza  
y falta de previsión?  
¡Ah! ¿que hiciera la nación  
con esta guía sin cabeza?

*Juárez*

Aunque los hombres idiotas  
con frenesí te persiguen,  
en los brazos te reciben  
los parralenses patriotas.  
¿Quién viene a nuestros hogares  
sin casquivana nobleza?  
Es del pueblo la cabeza,  
es el Presidente Juárez.  
Cierto es no vemos tu gloria  
héroe de la libertad,  
presentimos tu victoria,  
máxima en la adversidad.

*El pueblo*

Compara a Maximiliano  
con el actual Presidente;  
éste legal y prudente,  
aquél intruso y tirano.

No pude determinar quien fue el autor hidalguense de los versos anteriores.

en Veracruz, Calpulalpan y otros muchos lugares, implorando después de sus vergonzosas derrotas, la protección de allende los mares a fin de hacer más remarcable su punible traición.

“La providencia os designó igualmente para desarrollar el programa de la Reforma, compaginado tras de los muros de Veracruz, y para levantar el guante que os arrojó el déspota por excelencia, enemigo del principio republicano, germen del progreso físico y moral, como inspiración divina, aunque sujeto al antagonismo de las testas coronadas de Europa.

“Lejos de mis labios la lisonja, jefe supremo de nuestro infortunada patria, y cediendo sólo al placer que siente mi corazón al veros en El Parral, después de haber estado inmediato a vuestra persona en los conflictos de México y de San Luis Potosí al evacuar ambas plazas los Supremos Poderes Generales, cediendo, repito, al impulso de simpatía que me domina, cuando palpo que el patriotismo, la dignidad y la fuerza de alma que le concedió el cielo no se ha debilitado aún, sino que, con la misma entereza de entonces, os presentáis hoy en la palestra, justo es daros la bienvenida como a un segundo Hidalgo, porque vuestra bandera no es la de un partido, sino la de Dolores, bajo la cual militaron Morelos, Guerrero, Mina, Ocampo, Degollado, Zaragoza, Gilardi y tantos otros filopatrios sacrificados en las aras de la independencia.

“El mundo admira vuestra fortaleza, digno funcionario público, y el nombre de Juárez se repite con respeto y veneración en ambos hemisferios, porque sin atender a la premura con que se han improvisado nuestros soldados, combaten hace un año y medio, porque no os arredra la escasez de elementos que oponer a los abundantes recursos de la Francia, ni tenéis en cuenta ninguna desventaja para la guerra sino que semejante a un piloto que en medio de la borrasca desprecia los furios del viento y de la lluvia con que la naturaleza lo combate, que no atiende a las deprecaciones, lamentos y aun reniegos de una tripulación sobrecogida de espanto y sólo empuña el timón con que ha de salvar la nave, recorréis largas y desiertas distancias, sin que os sirva de rémora la pusilanimidad de unos, los errores de otros, ni la inmoralidad de muchos. Lo repito, la inmoralidad de muchos origina las desgracias que lamentamos. Voy a demostrarlo.

“A los horrores de la conquista sucedió, en la llamada Nueva España, un régimen en que la educación primaria y secundaria eran esencialmente godas y jesuíticas, sosteniéndose como dogmas católicos el derecho divino de los reyes y la infalibilidad del Papa. En la intolerancia política-religiosa se basaban las leyes civiles y criminales, apoyadas por estatuas monásticas elevadas hasta la exageración de ascetismo. El comercio directo con el extranjero, así como la industria del país, yacían bajo el sistema prohibitivo, a la vez que subyugada la imprenta con la previa censura y los anatemas de la Inquisición, generalizaban la pena del silencio. El fisco, el clero y los conquistadores absorbían la riqueza. A nadie estaba permitido portar una daga sin licencia. Nadie, desde la niñez, dejaba de comprar bulas de la Santa Cruzada, ni de cumplir cada año con los preceptos segundo y tercero de la Iglesia, estando a la orden del día las declaraciones del confesionario. ¡Ay, de aquél que censuraba la opresión ejercida en la raza que llevaba el tipo de Moctezuma y de Cuauhtémoc! ¡Ay de aquél que razonaba a la brillante luz de la filosofía! La deportación, la flagelación y la horca, multiplicadas hasta contarse el número de



cuatro de estos informes suplicios en una sola ciudad, formaron el porvenir de tan desesperadas generaciones. Pero esta esclavitud sin ejemplo no bastó a sofocar el sagrado fuego del patriotismo, sino que, cual erupción volcánica de lava encendida, consumió el edificio de trescientos años.

“¿Por qué ahora se ha sentado la reacción en el templo de la Reforma? ¿Por qué con tanta felonía y tanto egoísmo en algunas individualidades de nuestra sociedad? Los realistas de 1810 ignoraban sus derechos y la oscuridad en que vivieron tal vez pudo disculparlos. Los sacerdotes cambiaron el crucifijo por el sable; los templos se adornaron con insignias y trofeos militares y como se creía que el patrón de España fungía de general en jefe, cubriendo la retaguardia sus milagros, no se extraña que lo maravilloso arrastrase consigo un numeroso séquito. Pero en 1864, después de medio siglo de una pública discusión y en pleno goce de la libertad, el espíritu público debe ser fuerte, omnipotente. ¿De qué proviene, pues, la vacilación y la inercia? Lo diré, aunque con sentimiento del positivismo. Convertido en razón suficiente de todo, porque como se ha dicho ya con tanta exactitud, el pudor medido por el arancel de la fortuna y todo derecho vinculado con el oro, es la enfermedad que nos aqueja.

“Esto no significa que falte heroísmo en el pueblo mexicano para defender su nacionalidad. Puebla, Acultzingo, Zitácuaro, Mazatlán, Acapulco y las innumerables secciones que merodean en el área extensa de los diferentes Estados de la República, dan testimonio al mundo del honor, valor y dignidad de nuestros guerreros. Entre nosotros existe el contraste más remarcable de Almonte y sus colaboradores, con la comitiva respetable que tenemos delante, donde los nombres de Iglesias, Negrete, Lerdo de Tejada, Prieto, Patoni, Contreras, Balcárcel, Burgos y demás notabilidades, indican al pueblo mexicano, siempre calumniado, siempre blanco de los tiros, siempre objeto de inculpaciones, que sólo deben recaer sobre los traidores, retratados en un cuadro horrible, con las tintas negras que manchan nuestra historia.

“Si yo poseyera el arte del bien decir, como Fabre, Castelar, Din, Byron y otros oradores consagrados a defender los fueros de la justicia eterna, mis deseos quedarían cumplidos en este día; pero sólo me es dable exhibir conceptos desafinados, en que he ocupado pocas horas, ante la autoridad primera de la nación. En Europa y en los Estados Unidos del Norte desearían la visita del competidor de Washington, Guillermo Tell, Bolívar y Garibaldi, allí donde todo sería digno, magnífico, cual corresponde al objeto que nos ocupa. Aquí, por el contrario, sin regias artes ni el rango de otras ciudades, como San Luis Potosí y Monterrey, todo es pequeño, excepto el afecto y el aprecio de que hace oblación este vecindario, con la solemnidad propia del honor y la gratitud.

“Día vendrá, genio superior a la adversidad, en que el esfuerzo de los verdaderos patriotas sea coronado por el triunfo. A la época de prueba porque atravesamos, sobrevendrá otra feliz, inmediata ciertamente, si el continente americano adopta sin reservas el proyecto vital iniciado hace cuarenta años por el Libertador de Colombia. Si el solo pensamiento de la coalición

americana, representada en ese cuadro que está a la vista, produjo resultados satisfactorios, ¿desconfiaremos de su gloria y éxito cuando se desarrolle desde el Bravo hasta Chile? ¿Qué falta sino acuerdos en ciertos pormenores? La causa es santa, idénticos los intereses, pero si en el libro de los destinos está escrito el parricidio perpetrado por los traidores, mis votos son porque a los presentes nos sepulten alrededor del Presidente de la República Mexicana. Dije.”